

De los tiempos de la subienda

Margarita Isaza Velásquez

“De los tiempos de la subienda” es una historia sencilla que imbrica aspectos trascendentales de la realidad nacional, logrando así darle un significado profundo a la narración, sin renunciar a la búsqueda estética.

Los cinco hombres van en la canoa 123. De vez en cuando ven pasar una estrella que se despega del cielo y desaparece en alguna parte. En el río Magdalena, los árboles de la orilla hacen sombra en el agua. La luna sigue en lo alto y al sol todavía le falta tiempo para salir.

Uno de ellos coge el chinchorro y lo tira al agua. Su compañero le ayuda a extenderlo por el río. Después de un rato, los mismos hombres comienzan a recogerlo en un solo círculo. Las mallas se sienten pesadas. Un hombre llama al piloto y a los otros dos compañeros. “No somos capaces, vengan, ayúdenos”. Sin pensarlo mucho, entre todos agarran la red y empiezan a subirla a la canoa. Sobre la canoa, varios bagres pintados saltan. La red está más pesada que de costumbre.

La canoa empieza a moverse mucho. Está llena de hombres y de peces. Unos gritan alborozados y otros luchan por no morir.

Así es como Alejandrino Guzmán recuerda la noche en que ayudó a pescar un bagre de 90 libras. “Ese animal parecía un monstruo moviéndose mientras que nosotros nos abrazábamos porque la pesca había sido buena y ya podíamos volver a la casa”.

Cuando llegaron a Puerto Berrío despertaron a sus familias y les contaron lo que había pasado. En el barrio Puerto Colombia todo el mundo se alegró. Los pescadores fueron hasta la plaza de mercado y llevaron lo que les regaló el río, incluyendo el bagre gigante. La arroba estaba costando dos pesos con cincuenta. Esa mañana consiguieron veinte pesos y se repartieron las ganancias.

Alejandrino nació el 4 de mayo de 1920 en Purificación, Tolima. En 1948 se fue a recorrer. Unos amigos lo invitaron a pescar en el río Nare. Ese día decidió que dejaría de ser jornalero, porque el sol lo cansaba y en cambio el agua lo refrescaba.

En esos ires y venires se juntó con Berta Builes y le propuso que se fueran para Puerto Berrío.

Ella aceptó y llegaron a la casa de un amigo. Berta, cansada de vivir en un hogar ajeno, le dijo a Alejandrino: “La olla arrimada se ahuma... ya no quiero estar más aquí. O me consigue casa o yo me voy”. Él, que estaba muy enamorado de ella, le dijo que iba a comprar un ranchito de madera y techo de paja, cerca de la playa. Eso fue en 1951, en la época de la violencia.

Los ejércitos prohibieron salir a pescar. Según Alejandrino, “al que vieran en la playa con cosas para pescar le quitaban todo y hasta podían matarlo”. Por eso fue que una noche él y sus hermanos, recién venidos del Tolima, fueron llevados hasta Puerto Olaya, al otro lado del río. Habían salido con sus redes y los acusaron de chusmeros liberales. Alejandrino presentía que ésa iba a ser su última noche. Le preguntó a un soldado que para dónde iban y él respondió que para el otro lado. Llegaron a un lugar cerca de la carretera y levantaron un campamento. De un momento a otro los llamaron para que se presentaran ante el mayor Torres.

—Lo único que estábamos haciendo cuando nos cogieron era rebuscarnos la comida. No estábamos haciendo nada malo —dijo uno de los hermanos.

En ese momento, cuatro muchachos pidieron permiso para hablar:

—Mi Mayor, nosotros los conocemos. Ellos son trabajadores. Crecieron con nosotros en el Tolima.

El Mayor los miró y les dijo:

—Entonces, ¿qué quieren que hagamos con ellos: los tiramos al agua o los dejamos en tierra?

—No. Mejor libres, mi Mayor —respondió un soldado.

El Mayor aceptó y les ordenó a los tres hermanos que fueran a la cocina a comer sancocho, porque llevaban un día sin probar bocado. Después, un soldado los acompañó hasta la carretera y paró un camión de ganado. Alejandrino ya sabía

que estaban salvados. Llegaron hasta la orilla y se dieron cuenta de que no tenían plata para llegar al otro lado del Magdalena. Una señora que se estaba montando en una chalupa los reconoció y les pagó el pasaje que valía cinco centavos.

Cuando llegaron a Puerto Colombia, el barrio de pescadores en donde estaba el ranchito, las mujeres se alegraron. Alejandrino y sus hermanos decidieron irse de Puerto Berrío porque ya no iban a poder pescar. Se devolvieron para su tierra a trabajar en lo que resultara.

Tres años después, en 1954, cuando el general Rojas Pinilla estaba en el poder, Alejandrino pensó en regresar. Le dijo a su esposa que se asomara a

Puerto Berrío para ver cómo estaba la cosa. Ella volvió a las pocas semanas y dijo que todo estaba bien. Empacaron lo poquito que tenían y el Magdalena los trajo de vuelta. Había que empezar de nuevo. Con unos ahorros y a plazos, consiguieron una casita. Ahí nacieron sus cinco hijos.

La pesca siguió siendo muy buena y el bagre siempre les daba para vivir. En ese tiempo, el río era limpio y los bagres de más de cinco libras se

dejaban ver con frecuencia. Ni siquiera había necesidad de pescar bocachicos o carpas o barbudos. Es más, al bagre se le botaba la cabeza porque no la recibían en el mercado. “Desperdiciamos mucha comida y hoy estamos pagando eso con el vidrio –época de la escasez–”, dice Alejandrino mientras sostiene una atarraya que está tejiendo para venderla por ochenta mil pesos. “Ahora hay que recibir todo lo que el río nos quiera dar”, agrega.

Alejandrino está viejo. Y en el barrio es reconocido como un hombre que le ha enseñado a pescar a muchos hombres, incluidos sus hijos y sus nietos.

Él recuerda cómo eran los días en que salía a buscar pescados: “Uno se iba con varios compañeros y entre todos se tiraba el chinchorro y entre todos se recogía. Yo me ponía mi sombrero y no tenía ninguna medalla ni escapulario porque si eso se enreda, puede matarlo a uno. Lo único

que decía era: en el nombre de Dios y la Virgen. Después ya quedaba uno tranquilo y se dedicaba a buscar los peces. En enero y en febrero nos íbamos en la canoa hasta Barrancabermeja, porque era tiempo de subienda y ella venía de las ciénagas, de Simití. Entonces los mejores peces estaban allá. Hoy, la subienda es en noviembre. No se necesitaba que la canoa tuviera motor porque había muchos barcos remolcadores de la compañía Imargo que lo arrastraban a uno. Eso sí, los de la canoa les ofrecíamos blanquillo para desayunar. Y el capitán siempre aceptaba. Es que antes también la gente era más querida, más amable. Si después, durante el día, nos daba hambre, cocinábamos en la misma canoa con un fogón Esso Candela. Hacíamos sancochitos y con eso ya cargábamos energías. Otros pescadores se arribaban a la playa y allá arreglaban almuerzo con fogón de leña. Y así nos la pasábamos... hablando bobadas, contando chistes”.

Alejandrino se ríe y continúa: “Claro que a la hora de trabajar, dejábamos la conversa y nos poníamos a organizar los bagres o el bocachico, que en ese tiempo no valía mucho. Devolvíamos los bagres pequeños porque los grandes nunca faltaban. A todo el pescado le quitábamos las tripas y al bagre le cortábamos la cabeza, con eso ya quedaba listo para venderlo en el mercado. O también, cuando era época de subienda, íbamos hasta Gamarra y La Gloria. En Gamarra había otros pescadores y en La Gloria estaban los comisionistas que compraban las arrobas a un mejor precio que en la plaza. Siempre estaba entre dos pesos y dos pesos y medio. No era mucho, pero al menos la familia la podíamos tener bien alimentada”.

Uno de los nietos de Alejandrino se acerca a oír lo que él está diciendo.

—Abuelito, ¿si le va a decir a mi mamá que me deje salir a pescar con mi tío Ariel? —dice Juan Fernando, que debe tener unos diez años.

—¿Pero usted ya sabe nadar bien?

—No, pero yo voy aprendiendo.

Alejandrino lo mira, le toca la cabeza y le dice que traiga limonada, que está haciendo mucho calor.

“A mi hijo mayor, Guillermo, sí lo sacaba conmigo como desde los ocho años. A él le gustaba ir al río y después, cuando creció, se volvió pescador”, dice el abuelo y acomoda en el piso la atarraya, a la que cada vez le faltan menos mallas para estar terminada.

El niño viene con los vasos de plástico y se sienta en el piso con las piernas cruzadas. En sus ojos hay admiración.

Ahora el viejo se ríe y empieza a hablar: “Lo que sí era peligroso era pararse encima de una raya. Esos animalitos están en el piso del río y uno

Claro que a la hora de trabajar, dejábamos la conversa y nos poníamos a organizar los bagres o el bocachico, que en ese tiempo no valía mucho. Devolvíamos los bagres pequeños porque los grandes nunca faltaban. A todo el pescado le quitábamos las tripas y al bagre le cortábamos la cabeza, con eso ya quedaba listo para venderlo en el mercado.

camina por encima de ellos sin darse cuenta. Tienen un chuzo en el lomo que hace ver el diablo... A mí me pasó varias veces. Entonces había pescadores que sabían cómo curar la herida y sabían secretos. Ellos rezaban y me decían cosas al oído hasta que me quedaba dormido. Cuando despertaba ya no sentía el dolor. Menos mal nunca pasó nada grave. Ningún compañero se me perdió ni se ahogó”.

—¿Quiere que le muestre mi carné de pesca? —pregunta, mientras camina hacia su cuarto, al frente de la cocina.

El niño no responde y sigue caminando detrás de él hacia una cajonera. La pieza está desordenada y atiborrada de camas. Yolanda se asoma por la ventana, mira y se va.

—Vea, aquí dice que yo soy pescador. Esto fue una vez que vinieron unos inspectores y nos entrevistaron para saber cuántos éramos —el carné es de 1990 y en la foto Alejandrino tiene las canas despeinadas y una camisa roja—. Y aquí dice que yo pesco con chinchorro. Ése era mi aparejo, o sea lo que yo usaba, el artefacto. También hay atarraya, que se tira por encima del agua y puede medir seis varas o más; arrancón, que es una red que atraviesa todo el río y no deja pasar los peces que van nadando por ahí... sólo los pequeñitos que sí caben por las mallas; congo, que es como un cajón con varios palos adentro y los peces se meten ahí y ya no pueden volver a salir, luego uno lo desocupa en la canoa y lo vuelve a meter al agua. Hay muchos tipos de redes para pescar. Pero el que a mí siempre me gustó fue el chinchorro.

Juan Fernando coge el carné y empieza a leer: A-LE-JAAN-DRI-NO-GUZ-MÁN-RA-MÍREZ. JUN-TA-DE-A-CCIÓN-CO-MU-NAL. Se lo devuelve a su abuelo y luego se va con un balón en la mano.

—Papá, mire lo que trajo Ariel esta mañana —dice Yolanda desde la cocina.

—Ya voy, mijita.

En la mesa hay una vasija llena de pescados y debajo del

En Gamarra había otros pescadores y en La Gloria estaban los comisionistas que compraban las arrobas a un mejor precio que en la plaza. Siempre estaba entre dos pesos y dos pesos y medio. No era mucho, pero al menos la familia la podíamos tener bien alimentada

poyo hay dos bultos de plátanos pequeños, llamados popochos, regados en el piso. “Ariel es uno de mis hijos y él cada que viene nos trae pescado, platanitos y cosas”. Agarra cada uno de los animales y empieza a arreglarlos para guardarlos en la nevera. “Éstos son vizcaínas y éstos son bocachicos. Son parecidos pero saben distinto”. Los lava, les saca las tripas, les quita las agallas y los descama con un cuchillo. A los bocachicos, sobre todo, les hace rayas por todo el cuerpo para quebrarles las espinas. A las vizcaínas les quita las cabezas porque a él no le gustan fritas y

en cambio pueden servir para una sopa. Ya casi son las doce y el techo de eternit hace que el calor se sienta cada vez más fuerte.

“Mi hijo Guillermo también nos traía mucho pescado. Pero hace nueve años que se lo llevaron los guerrilleros. Creíamos que estaba muerto pero una señora vino hace poquito de San Pablo, Bolívar, y le dijo a una de mis hijas que había conocido a un señor que se parecía mucho a ella y que le decían Memo. Eso es que él está allá de raspachín. La señora le contó a mi hija que a él le habían dado un tiro en la pierna pero que se había salvado y que estaba bien. Cuando se lo llevaron, él tenía un entable de pesca y le iba muy bien. Estaba casado y tenía dos niñas que ahora viven con la mamá por el Meta. Algún día voy a ir por él, pero ahora no puedo porque para eso se necesitan como doscientos mil pesos. Mientras tanto, en la casa estamos muy contentos porque sabemos que no está muerto”. Alejandrino parece triste. Los ojos se le ven más claros. El cuchillo sigue haciendo rayas sobre los bocachicos.

En la cocina ya huele a almuerzo. Yolanda y su hija de catorce años empiezan a poner los platos sobre el mesón para servir el sancocho de cabezas de bagre. Las mismas cabezas que, en otros tiempos, Alejandrino y los demás pescadores botaban al agua antes de vender la carga en la plaza de mercado. ■

A los bocachicos, sobre todo, les hace rayas por todo el cuerpo para quebrarles las espinas. A las vizcaínas les quita las cabezas porque a él no le gustan fritas y en cambio pueden servir para una sopa. Ya casi son las doce y el techo de eternit hace que el calor se sienta cada vez más fuerte.